

iba á consumir, constituyen una prueba evidente de que con anterioridad á su atentado regicida padeció una obsesión suicida, que explica el atentado mismo como un suicidio indirecto.»

Henry y Vaillant son para mí suicidas indirectos—y aun el mismo Lega, que deploró no haber sido condenado á la pena de muerte;—y Caserio, que antes de cometer su crimen decía que no le importaría gran cosa ser decapitado.» Y Henry, que rehusó la excusa del abogado y de la madre, referente á la locura de su padre, diciendo á los jurados *que el oficio del abogado es defender, haya ó no razón, pero que él quería morir*, están también, á mi juicio, dentro de esa especie.

CAPÍTULO VI.

Reos por pasión.—Caserio.

Gran influencia, sin duda alguna, tiene en estos delitos de que venimos ocupándonos, el fanatismo económico ó social, violenta pasión que puede excepcionalmente presentarse unida á la criminalidad, pero que aparece casi siempre pura y de un modo aislado; y ya he expuesto yo á este propósito, en mi *Delitto politico*, que estos delincuentes, impulsados á la consumación de un delito por pura pasión, constituyen por su honradez la más completa antítesis de los criminales natos.

Caracterizanse estos reos pasionales, no ya por la ausencia de los rasgos del

tipo criminal, sino por tener, en oposición con él, una bella y simpática fisonomía, de amplia frente, bien conformada barba y apacible y serena mirada.

De 30 célebres nihilistas, presentan agradable fisonomía 18: Perowskaja, Cyddofina, Helfmann, Bakounine, Lavroff, Stefanowich, Michailoff, Sassulich, Ossinski, Antonoff, Ubanoba, Vilaschenow, Icliaboff, Tschernyschewsky, Zundelewitch, Figuer, Presnacoff.

Entre las fisonomías de nuestros revolucionarios, cuyos retratos están en el Museo del Renacimiento Italiano ó en la colección de Damiano Muoni, recordamos las muy bellas de Dandolo, Poma, Porro, Schiaffino, Fabrizi, Pepe, Paoli, Fabretti, Pisacane y otras muchas.

De los revolucionarios franceses, acuden á nuestra memoria las de Desmoullins, Barras, Brissot, Carnot, y sobre todo la de Carlos Sand, extremadamente agradable y simpática.

SEXO Y EDAD.—Proporcionalmente á

la escasa cuota que da para todos los delitos en general, el sexo femenino es el más predominante en esta clase de atentados, y sobre todo las mujeres de diez y ocho á veinticinco años.

Observa Régis (*Les régicides*, 1890) que casi todos los regicidas son muy jóvenes: Solowief, La Sahla, Chatel y Staaps, tenían diez y ocho años; Sand, veinticinco; La Renault, veinte; Barrière y Booth, veintisiete; Alibaud, veintiséis; Corday, veinticinco; Meunier, veintitrés; Moncusi, veintidós, y Otero, diez y nueve.

Desmarets escribe: «Persuadida la policía napoleónica de que el entusiasmo y la abnegación suelen ser atributos de la juventud, vigilaba cuidadosamente á los jóvenes de diez y ocho á veinte años.» (*Témoignages, etc. Quinze ans d'haute police*, 1833.)

CÓMPLICES.—Nunca tienen los reos de esta especie los cómplices que tan frecuentes son cuando se trata de crimi-

nales comunes. La torpe policía quiso encontrárselos á Sand, Passanante, Verger, Oliva y Moncusi, Nobiling, Ravaillac y Corday; mas quedóse burlada, porque realmente no los tenían.

ATAVISMO.—En gran número de los regicidas ó reos por pasión que hemos citado, es hereditario el fanatismo patriótico ó político y el misticismo; así, por ejemplo, el padre de Carlota Corday y el de Orsiní fueron fanáticos revolucionarios; el padre de Booth se llamaba Juanis Brutus y se había puesto él mismo el nombre de un revolucionario célebre, Welkasalscy; los padres de Guiteau y Nobiling eran exageradamente místicos ó piadosos; la madre de Staaps no hablaba de otra cosa que de los versículos bíblicos.

«Bruto—dice Plutarco—desciende de aquel J. Bruto que derrocó á los Tarquinos, y de Servilia, á cuya familia perteneció el tiranicida Servilio Ala.»

PSICOLOGÍA.—Son siempre el modelo

y la exageración de la honradez, de la moralidad y de la virtud. Sand vivió y murió como un santo, hasta el punto de que el lugar en que sufrió el suplicio fué bautizado por el pueblo con el nombre de «Prado de la ascensión al cielo, de Sand» (*Sand Himmels fort weise*).

Refiriéndose al nihilista Lisogub, escribe Stepniak que siendo millonario vivía como un pobre, para repartir su dinero entre sus correligionarios, y tan austera y tan humilde era su vida, que los amigos hacían grandes esfuerzos para que mejorara su método de vida, pues temían que tantas privaciones le pudiesen acarrear una enfermedad.

Carlota Corday poseía un alma afabilísima, un aspecto gentil, y era un modelo de mujer intachable por todos conceptos; pasó su juventud entre los estudios históricos y filosóficos, aficionándose en extremo grado á la lectura de Plutarco, Montesquieu y Rousseau.

La arrebatadora elocuencia de algu-

nos prófugos Girondinos, y tal vez un secreto amor por alguno de éstos, la impulsó á abrazar fervidamente su causa; asistió á aquella sesión de la Convención en que fueron condenados á muerte los Girondinos, y entonces se decidió á destruir al culpable de tal condena.

Al preguntarla cómo era posible que siendo una mujer débil é inexperta hubiese podido sin cómplices herir de muerte á Marat, «La ira y el veneno, respondió (y con esto demostró la violenta pasión que la dominaba), habían llenado mi corazón, y éste me guió para llegar al suyo.» (D'Abrantés, *Vita e ritratti di donne celebri*, 1838.)

Cuando Sassulich fué absuelta por los tribunales del atentado contra el capitán Trepoff, confesaba después de la absolución que la lectura de la sentencia la había impresionado tristemente, porque, una vez condenada, la hubiese confortado el ánimo el pensamiento de haber hecho por la buena causa todo

cuanto había podido hacer. Les decía á los jurados: «*Es cosa monstruosa alzar la mano contra un hombre, lo sé; mas quiero probar que es imposible dejar impune tan gran infamia* (el apalear á los reos políticos), *y quiero fijar la atención de todos sobre este hecho, para impedir que se renueve.*» Late en estas palabras meritoria y honrada pasión, que impresionó favorablemente á cuantos las oyeron.

A estos rasgos de carácter hemos de añadir la necesidad ó el vivo deseo que todos tienen de sentir el dolor, de sufrir: «*el sufrimiento es una buena cosa*», dice un héroe político de Dostojewsky; el dolor es dulcísimo cuando se padece por una gran idea; mas lo es también muchas veces en que no existe ésta, como, por ejemplo, cuando se ama á alguien con el solo fin de sufrir y proteger al ser amado. Esta complacencia del dolor se encuentra frecuentísimamente en todos los místicos, que se flagelan y llevan sobre la carne

punzantes cilicios, que se la desgarran; y esta misma complacencia para el sufrimiento explica el heroísmo de los nihilistas y el de los mártires cristianos, que sacrifican su libertad y sacrifican su vida por servir á una causa que en su mente aparece rodeada de un nimbo de grandeza y sublimidad.

Una de las complicadas en el proceso de los 50 de San Petersburgo, moribunda por tuberculosis, improvisó ante sus jueces una poesía que basta ella sola para demostrar cuán profundamente arraigada estaba en el pecho de la infeliz la pasión del martirio: «Apresuraos, jueces, apresuraos á juzgarme antes que á los demás; ¡terrible y sin excusa es mi delito! Vestida de rústico algodón, cometiendo el pecado de andar sin zapatos, me encontraba yo allí donde gimen nuestros hermanos, allí donde la miseria y el trabajo son eternos. Mas, ¿para qué más palabras ni más discursos? ¿No soy yo sobre todos reo convicto? ¿No soy yo la personificación del

delito? Con el cuerpo envuelto aún en vestidos de algodón, con los pies desnudos, con las manos callosas, estoy destruida por el penoso trabajo, y la prueba más grave contra mí la llevo en el amor á mi país. Pero por muy culpable que sea, por muy culpable que haya sido, sois impotentes vosotros, mis jueces, para castigarme; sí, impotentes; soy inaccesible á toda pena, porque *tengo una fe* que no tenéis vosotros, en el triunfo de mis ideas. Podéis, es verdad, condenarme á seguir arrastrando esta vida; mas ¿qué importa? Pronto mi mal me llevará al sepulcro. Yo muero, *lleno el corazón de un infinito amor*, y hasta los mismos verdugos, derribando la puerta de mi prisión, prorrumpirían en sollozos, rogando por mi vida.»

Renán atribuye el influjo del cristianismo, tanto ó más que al genio y predicaciones de Cristo y de sus precursores los Esenios, á la verdadera pasión por el martirio de sus secuaces; pasión tan grande, que logró convertir á muchos,

Justino y Tertuliano entre ellos, por el solo hecho de que presenciaron el indomable valor de los mártires.

»En la destrucción de Babilonia, en Persia—escribe Renán,—se vieron personas que, sin casi pertenecer á la secta, se denunciaban á sí mismas para unirse á los afligidos. Es tan dulce al hombre sufrir por algo, que en muchas ocasiones el atractivo del martirio basta para hacer creer.

»Se dió en aquel tiempo, en el camino y en el bazar de Teheran, un espectáculo que jamás olvidará la humanidad. Aun hoy, cuando se reflexiona sobre él, puede juzgarse la admiración, unida al horror, que la muchedumbre experimentó, y que los años y los siglos no han podido extinguir.

»Cuando uno de los torturados caía y se le hacía levantar á latigazos, por poca fuerza que le hubiese dejado la pérdida de la sangre, que le bañaba todo el cuerpo, bailaba y gritaba con creciente entu-

siasmo: «En verdad que á Dios pertenecemos y á él volvemos.» Si algún joven expiraba, los verdugos arrojaban el cadáver á los pies del padre ó de la hermana, quienes le hollaban intrépidamente, sin mirarle dos veces siquiera. Al llegar todos los acusados al lugar del suplicio, se les ofrecía de nuevo la vida, si abjuraban; ocurriósele al verdugo amenazar á un padre con cortar sobre su propio pecho la cabeza de dos hijos que tenía, si no abjuraba. Los dos niños, el mayor de catorce años, estaban oyendo atentamente el diálogo, y cuando el padre contestó, arrojándose á tierra y presentando el pecho, que estaba pronto á recibir sobre sí la cabeza de sus hijos, el mayor de éstos, reclamando con ímpetu y exaltación crecientes los derechos de primogenitura, quería ser el primer sacrificado.»

De este amor al martirio nace la profunda convicción que tienen los reos por pasión del beneficio y utilidad de sus actos, convicción que no sólo les man-

tiene impávidos frente al suplicio (Parry, Staaps, Corday, Gérard), sino que excluye todo arrepentimiento, sin que por ello pueda confundirseles con los criminales vulgares, en quienes la indiferencia por la vida y la ausencia del arrepentimiento tienen su causa en la falta de sentido moral; y que no puede confundirseles, pruébalo que conservan en la impenitencia la modestia y la delicadeza inherentes á toda su vida.

En estos mismos días, el fanatismo y la pasión han armado la mano de algunos de nuestros anarquistas, en cuya vida no se encuentra una sola mancha. Bien es verdad, sin embargo, que á la pasión se asociaba una neurosis hereditaria.

Así, Nobiling y Booth eran hijos de suicidas; Sand tuvo accesos de melancolía suicida; Haillaraud, que intentó matar á Bazaine para vindicar el honor de Francia, tenía insuficiencia aórtica, parálisis del brazo derecho y convulsiones epileptoides, como igualmente las tenía

La Sahla, que intentó matar á Napoleón para dar paz al mundo, y que murió atáxico. (Régis, *Les régicides*, 1890.)

CASERIO.— Caserio es un admirable ejemplo de reos políticos por pasión.

Su familia está compuesta de padre, madre y de ocho hermanos, todos sanos, entre los que es Santos el penúltimamente nacido.

Su padre, campesino, ejercía el oficio de barquero en el Ticino; era un hombre excelente, amable á toda prueba, nacido en 1836 y muerto en 1887. Siendo joven, en 1848, fué arrestado por los austriacos que guardaban los confines del Ticino, y encerrado en la iglesia de San Rocco como contrabandista. Parece ser que los austriacos le amenazaron con la muerte, y fué tan grande el espanto y el terror del infeliz, que desde aquel momento fué presa de ataques epilépticos; mas, sin embargo, esa epilepsia, que en él apareció á los doce años, tenía ya su fundamento en una tendencia hereditaria, qui-

zás pelagrosa, pues tenía dos hermanos, tíos, por tanto, de Caserio, indigentes todavía hoy en Mombello, atacados de pelagra maniática, y nada tendría de extraño, porque además es muy común esa enfermedad en Motta-Visconti, donde yo mismo he puesto en curación á gran número de atacados cuando estuve en Pavía.

En cuanto á la fisonomía de Caserio, según puede verse en su retrato, publicado en *L'Illustrazione Italiana* (Junio de 1894), no presenta ningún rasgo del tipo criminal, salvo la pequeña depresión de la barba, la exagerada longitud de las orejas, y el desarrollo excesivo de los arcos superciliares: su mirada es dulce y afable, las líneas de su cabeza y su cuerpo son perfectas y bellísimas, salvo un pequeño defecto en un brazo. De las pocas noticias que se tienen de su vida, parece resultar que su criminalidad no se ha manifestado más que en la política, y que en su niñez no tuvo tendencias

criminales, si se exceptúa la vagancia y la afición á abandonar su casa, hecho raro en un país en que el hombre está sujeto á la tierra.

«Mi hermano concurrió de pequeño á la escuela del pueblo, dice su hermano, mas sin que en ella aprendiera nada; su carácter ha sido siempre reservado y melancólico, y pocas ó ninguna vez le he visto alegre; era amable, muy amante de su madre, y religiosísimo, hasta el punto de ayudar con verdadero *amore* á misa, concurrir á las procesiones de San Giovanni, y ser su sueño favorito entrar en un seminario y llegar á ser un obispo, un apóstol de la religión. Se enfadaba con sus compañeros si les veía robar aun una simple manzana en el campo.»

Diez años tenía cuando, abandonando repentina y subrepticamente á su familia, se marchó á Milán, donde abrazó el oficio de panadero, siendo muy de notar que, en vez de darse al vino, á las mujeres y al juego, como sus compañeros,

se aficionó grandemente á la lectura y á las discusiones con éstos, en una de las cuales, á pesar de la templanza de carácter que le caracterizaba, rompió una botella sobre la cabeza de un amigo suyo (á los trece años).

Su profesión de fe anarquista data de los diez y siete años, y según parece, los gérmenes de tal doctrina los recibió de un compañero de taller; bien pronto fué uno de los más fervientes anarquistas, no dedicando las pocas horas que su gran trabajo le dejaba libre, á otra cosa que á la lectura de libros y folletos anarquistas y á la propaganda entusiasta de la idea entre los rústicos campesinos, que se burlaban de él en su cara.

Procuraba ante todo ocultar su nueva profesión de fe á su familia y patrono, que, en efecto, nada supieron durante un gran lapso de tiempo. El primero en enterarse de que Caserio era furibundo anarquista fué su hermano mayor, residente en Milán, que tanto le reprobó su

conducta y tantos medios puso en práctica para corregirle, que dió lugar á una ruptura entre ambos, que hizo aún más intensa la pena de la familia.

Hace dos años, cuando los anarquistas distribuyeron folletos entre los soldados en Porta-Victoria, fué arrestado Caserio, y condenado á cuatro días de cárcel, condena cuya noticia causó á su madre, al saberla, una enfermedad, que la duró algunos meses.

En el juicio oral que hubo con ocasión de tal reparto de folletos á los soldados, se limitó Caserio á repetir su declaración ante el juez instructor, en la que dijo que ingresó definitivamente en el partido anarquista el año 1891, impulsado por la lectura de algunos folletos y por conversaciones y discusiones con unos compañeros suyos, á quienes no nombraba, en una hosteria á donde iba á jugar.

Adviértase que Caserio no era orador, y que por no serlo no tomaba una parte